

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

COCHES Y CIENCIA

El impuesto sobre los coches de lujo, que tiene el defecto de dar satisfacción á la envidia, tiene asimismo el de deslucir bastante las fiestas, las contadas fiestas al aire libre que se celebran en Madrid. Las personas más ricas y antojadizas se tientan la ropa antes de decidirse á pagar un año de contribución por el gusto de sacar un *mail* ó un *four in hand* el día de las carreras, ó en Carnavales, con media docena de máscaras bulliciosas. Este impuesto, como todos los que recaen sobre las superfluidades, está destinado á producir muy poco y molestar mucho, incitando á la gente rica á gastarse su dinero de otras maneras inaccesibles á las uñas del fisco y á los arbitristas municipales. El que había de sostener un tren de gran lujo y dar lícita ganancia á cocheros, lacayos, chalanes, fabricantes de coches, pajaros, tratantes en cebada, guarnicioneros..., etc., se compra, verbigracia, un brillante gordo — que *no come pan* — y se lo planta en la corbata, ó se lo cuelga de las orejas... y nadie le pide un céntimo por el gusto.

Para mí la contribución de coches es antipática, porque, lo repito, complace á la baja envidia del populacho. Lo que más indigna al español que va á pie es un coche: y aquel lugar común de la salpicadura de barro, conserva todavía fuerza bastante para concitar pasiones y soliviantar los ánimos de los que transitan á pie. Singularidad de la naturaleza humana, que no deba de envidiar nunca lo verdaderamente envidiable, los bienes reales y efectivos y á todos superiores, que Schopenhauer clasifica admirablemente en sus *Aforismos acerca de la sabiduría en la vida*, por otro nombre, *Fúrga y Paralipómene*. El mayor bien de la tierra es la salud, y no veréis que generalmente cause envidia.

Prueba al canto: id por la calle á paso ligero, con piernas ágiles, con aire saludable, con esa animación que presta el ejercicio físico, y no escucharéis una exclamación envidiosa de los demás transeúntes. En cambio, que cruce un coche, y vaya reclinado en él un anciano valetudinario, una señora obesa ó demacrada, visiblemente enferma... y se oirán los acostumbrados anatemas contra tal medio de locomoción, y las inevitables hipótesis acerca de la salvación del alma del que gasta carruaje, «porque no ha de tener gloria aquí y gloria allá», según el asombroso descubrimiento de los teólogos de la envidia, que mandan á las calderas de Pedro Botero en derechura á cuantos no usan la carroza barata de San Francisco.

* *

¿Es, acaso, la comodidad del coche lo que se envidia? Mal conocería á los españoles quien tal creyese. El español apenas estima el *comfort*, apenas sabe apreciar esa inteligente armonía del modo de vivir con las necesidades físicas é intelectuales, que es para el sajón un ideal constantemente perseguido. Ni llegar pronto ni ir sentado á gusto le parecen cosas muy envidiables al obrero ó al menestral madrileño, que cierra los puños y masculla sordas imprecaciones cuando ve pasar los trenes elegantes y aristocráticos. Por diez céntimos se puede él trasladar cómodamente de un punto á otro, en el coche de mejor movimiento que existe, que es el tranvía; el tranvía, del cual se dicen pestes, pero que es una cosa excelente, muy práctica, muy barata, muy superior al parisiense omnibus, con su peligrosa y glacial *impériale*. Con el tranvía, las ventajitas del coche son accesibles á todas las clases sociales; no hay cansancio, no hay distancias, no hay frío; es en verano el mejor abanico, en

invierno una garita protectora, y es además, para el pobre, un Casino, una Bolsa donde se entera del alza y baja, recoge noticias, galantea, charla, dice y oye donaires, hace política y hasta implora la caridad. En el tranvía, las cocineras y criadas de servir se informan de las casas, comentan los precios de los víveres, inician ó desenredan intrigas amorosas; las modistillas se citan con los horteras, las chulas se mofan de los señoritos, los rateros hacen su agosto, los empleadillos fraternizan con sus jefes, y las Siervas de María y las Hermanas de la Caridad se codean con los Tenorios callejeros y los perdonavidas, sin que ni ellas se espanten, ni ellos se propasen y desvergüencen. En el tranvía se recoge limosna, se deslizan cartas, se leen y comentan periódicos, se regalan flores, se hacen amistades, se contrata verbalmente, se disputa, se curiosean, se ríe y se goza con la bulliciosa expansión y la intemperante franqueza propias de nuestro humor y de nuestra tradición democrática jamás desmentida. ¿Por qué este coche tan divertido y tan á mano no le basta á la gente baja de Madrid? ¿por qué se enfurecen cuando un coche pasa al trote de su tronco más ó menos pura sangre?

* *

Como todos los fenómenos psicológicos, la envidia encierra un problema extraño. Se envidia lo que no se desea; se envidia lo que no se necesita; se envidia lo que no envuelve ningún goce, ninguna felicidad verdadera; se envidia sobre todo lo vacío y lo inútil, lo que se relaciona con el amor propio y la vanidad.

Los países donde no se trabaja mucho, donde se cultiva la arrogancia y la bravata, son más fértiles en esa cosecha de ortigas y cardos que forma el jardín de la envidia. Un hombre muy ilustre me decía una vez, con gracia y humorismo: «En otras naciones, el escritor envidia al escritor, la hermosa á la hermosa, el banquero al banquero: España ofrece la particularidad de que los curas envidian á las bailarinas, los pintores á los toreros, los notarios á los tenores, y así por el estilo.» Refamos de la *boutade*, pero no podíamos menos de encontrarle miga y fondo de exactitud. El menestral que va á pie no envidia el coche porque sea cómodo ni porque sea abrigado: la prueba es que no se envidia á los que toman un simón, y el simón, en cuanto abrigo y comodidad, equivale al tren más magnífico. Se envidia la categoría del coche, la estética de su elegancia, el primor de su limpieza, el piafar de su fogoso tronco, la gravedad respetuosa y la tiesura correctísima del cochero, la travesura del lacayillo, los colores de la cucarda, el raso moteado ó el terso *chagrín* del forro, la corona heráldica pintada en la portezuela, — y más aún las pelucas blancas, los calzones cortos, las gorras de jockey, las botas de campana, las libreas de seda, el rumbo de los cuatro hermosos animales enganchados á la d'Aumont, arrastrando como una pluma la carretela airosa... Es decir, se envidia la exterioridad, la bizarría del lujo, lo que no es positivo, sino decorativo, ideal...

Sirva esto de demostración al dicho de un moralista, según el cual la envidia, y en general todas las malas pasiones, brotan de la raíz de ciertos sentimientos nobilísimos, en alto grado generosos y hasta poéticos. Al envidiar lo que carece de verdadero valor, lo que, obtenido, no acrecienta la felicidad ni el bienestar, la humanidad revela un desinterés romántico, una carencia absoluta de egoísmo.

Estamos en el tiempo de los exámenes, y á estas fechas se decide la suerte de nuestra estudiosa juventud. Es decir, se decide la de la estudiosa y también la de la holgazana y desaplicada; porque nadie creerá que se presenten á examen solamente los chicos estudiosos, ni que éstos formen en ninguna Universidad, Academia, Instituto, Colegio ni Escuela, compacta mayoría.

Una de las razones, acaso la principal, en que puede fundarse el escepticismo respecto á la asiduidad de los estudiantes, es lo mucho que se les encuentra por ahí, no sólo en tiempo de vacaciones, sino durante todo el curso. *Por ahí* quiere decir paseos, teatros, calles, cafés, tertulias... y á horas avanzadas de la noche, que parecen indicar que al día siguiente no tienen pensado asistir á clase, ni ganas. Y, sin querer, hacemos en voz baja la reflexión del zapatero — que por si mis lectores la ignoran, voy á contársela.

* *

«Érase un zapatero que vivía en la esquina de una callejuela, á la vuelta de la cual se encontraba situado cierto colegio famoso. Habían notado los colegia-

les que, al verles pasar el zapatero, dejando de machacar su suela ó de clavar su lezna, mirando por la estrecha ventanuca levantaba la cabeza, la balanceaba de hombro á hombro, y exclamaba en voz clara y sonora: «No lo entiendo.» Las primeras veces, los colegiales tomaron á risa la frase, creyendo que lo decía un alelado ó un demente; pero á fuerza de oírsela repetir, y siempre con tono reflexivo y cabeceo sentencioso, llegaron á sospechar que ocultaba algún concepto injurioso y despreciativo. Persuadidos de esto, avisaron al rector, acudió el rector en queja al corregidor de la ciudad, y éste se apresuró á llamar al maestro de obra prima y á ordenarle que sin tardanza y so pena de castigo, explicase la frase misteriosa.

«Señor corregidor, dijo el pobre hombre, ahora mismo se la voy á explicar á usía. Como yo veo á los colegiales pasar por delante de mi establecimiento por la mañana; como vuelvo á verles pasar á mediodía; como otra vez pasan á la tarde, y no es caso raro que á la noche, doy en cavar ¿cuándo estudiarán? Y por eso exclamo á diario y en alta voz: *no lo entiendo*.»

«A fe, buen hombre, saltó el corregidor, que no lo entiendo yo tampoco: idos en paz, pues á nadie habéis agraviado.»

Regresó en seguida el zapatero, libre y contento, á su portal, y sentóse, como de costumbre, á batir suela sobre el poyo de las encallecidas rodillas; y á cada vez que veía pasar á los colegiales, asomaba la gaita por la ventana, y decía ya sin temor alguno, con todo el brío de quien posee el amparo de la autoridad: «Yo no lo entiendo, ni el señor corregidor tampoco.»

* *

No solamente es difícil averiguar cuándo estudian muchos estudiantes, sino que el sistema de enseñanza, tal cual se practica, en cierto modo se opone al estudio.

Interrumpidas las clases por continuas é injustificadas vacaciones, el menor pretexto sirve además para que se cierren las aulas: festividades que la Iglesia no prescribe ó que ha abrogado ya, santos y cumpleaños de infantas é infantes, llegadas de generales, salidas de tropas..., ¿yo qué sé? Todo se traduce en asueto..., y el asueto en pereza, y la pereza en indiferencia, y esta indiferencia, al aproximarse los exámenes, cede de repente el puesto á una especie de frenesí, á un repentón de última hora, á una indigestión de lectura atropellada, prendida con alfileres y salteada, que no adquirida. El estudiante, á quien todo el año conocisteis alegre, sociable y comunicativo, de improviso se retrae, se encierra, no le ve ni el sol; el que *pedaleaba*, abandona su bicicleta; el que montaba, deja en la cuadra el caballo; los hay que hasta riñen con sus novias temporalmente, á fin de que no les distraiga cosa ninguna. La semana anterior al llamamiento crece la fiebre de los estudiantes. No comen, y para desvelarse y pasarse la noche sobre los libros, preparan una decocción feroz, llamada *café de exámenes*. La mañana les sorprende con los codos sobre la mesa, los dedos hundidos entre la revuelta cabellera, y en ese estado en que ya es difícil averiguar si se duerme ó se vela ó se lucha con las visiones de la calentura. Los que así creen poder disponerse á un examen, son como los que creen reparar un ayuno de meses con un atracón desatinado y una borrachera encima...

Sin embargo, examen va, examen viene, año tras año, los muchachos van echando bigote y barba, las carreras terminándose; y salen hechos unos juristas, unos médicos, unos farmacéuticos, unos doctores de Filosofía y Letras (¡ah, pobres letras, pobre filosofía, pobres ciencias, casi siempre, en nuestra asendereada patria!), y son ellos los que, á su vez, sentados detrás de una mesa, ya entrecanos, gruesos, con cara surcada de arrugas y nublada de preocupaciones, han de examinar á los mocitos de mañana, á los otros desventurados que acaban de chapuzarse en el *café de exámenes* y de pasarse la noche con los pies metidos en un barreño de agua fría, á fin de evitar el sueño. Y los estudiantes de entonces les tendrán á ellos el mismo terror que ellos han tenido á los catedráticos de su tiempo; y ellos, olvidando sus propios tropezones, fruncirán el entrecejo cuando el alumno titubea al responder á una pregunta capciosa, enrevesada y mal formulada — que casos de éstos se dan también á docenas...

¡Junio! ¡Qué mal se compensan tus rojas cerezas y tus amarillas calabazas! Un cerezo cargado de fruta, y encaramada en él una campesina fresca y de alegre humor, cogiendo cerezas y echándolas abajo... ¡Qué estudiante no sueña con este idilio!

EMILIA PARDO BAZÁN